



ISBN: 978-607-02-0743-3

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iiue.unam.mx/libros

Mariela Sonia Jiménez y Eleazar Correa (2011)

“La tutoría: entre la demanda institucional y el deseo.

La importancia del vínculo transferencial”

en *Tutoría y mediación I*,

Patricia Ducoing (coord.),

IIUE-UNAM, México, pp. 103-124.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

4. LA TUTORÍA: ENTRE LA DEMANDA INSTITUCIONAL Y EL DESEO. LA IMPORTANCIA DEL VÍNCULO TRANSFERENCIAL

*Mariela Sonia Jiménez**

*Eleazar Correa***

INTRODUCCIÓN

En la relación tutor-tutorando además de una relación académica-institucional, se pone en juego un vínculo psíquico del orden de la transferencia, que actúa en favor de los objetivos de la tutoría o, si no es adecuadamente canalizada, la obstaculiza. La importancia de reconocer este vínculo en la dimensión que el psicoanálisis ha descubierto, permite al tutor, con base en su experiencia, delimitar el sentido de la demanda del estudiante o en su defecto, crear un espacio que abra la posibilidad al estudiante de hablar de aquella o aquellas situaciones que obstaculizan el inicio y desarrollo de la tutoría.

Esta tarea sitúa al tutor lejos de una psicoterapia o de un psicoanálisis, pues de lo que se trata es más bien de brindar al tutor algunos elementos e indicadores que le permitan delimitar a la tutoría como una actividad fundamentalmente académica y estrictamente pedagógica con objetivos estructurados y un método de seguimiento.

LA TUTORÍA EN EDUCACIÓN SUPERIOR

Para las Instituciones de Educación Superior (IES) en México hubo una necesidad, la tutoría, como un mecanismo que per-

* Universidad Autónoma de Tlaxcala.

** UNAM y Universidad Autónoma de Tlaxcala.

mitiese alcanzar los objetivos de la educación superior a partir de un sistema de acompañamiento académico y afectivo del profesorado a los alumnos. La ANUIES (1998) señaló en el Programa Estratégico para el desarrollo de la Educación Superior: “Se requiere que las IES pongan en marcha sistemas de tutoría, gracias a los cuales los alumnos cuenten a lo largo de toda su formación con el consejo y el apoyo de un profesor debidamente preparado”, y en relación con los roles que habitualmente han desempeñado los profesores, señala que “deberá contemplarse una importante transformación, de manera que ya no sean fundamentalmente conferencistas o expositores, sino además tutores, guías que conduzcan los esfuerzos individuales y grupales para el autoaprendizaje por parte de los alumnos, personas que los conduzcan a la investigación o a la práctica profesional y ejemplos de compromiso con los valores académicos, humanistas y sociales que las IES promuevan”. Como se observa, el reto no es simple, ni para las IES ni para los tutores, quienes tienen que responder a las demandas del sistema educativo, de los estudiantes y del entorno.

EL CONTEXTO SOCIAL DE LA TUTORÍA

La modernidad se construyó sobre la doctrina de los ideales y sus utopías: el progreso y el bienestar como el universal válido para todos. La historia, la sociedad y sus sujetos le respondieron con las formas de la violencia que hoy conocemos. Pese a ello el neoliberalismo económico y el mercado global llegaron para quedarse e instaurar un mundo globalizado. La aceleración tecnológica requiere hoy la formación de capital intelectual para sustentar la demanda de tecnología competitiva, y las políticas educativas en las universidades no escapan a ello.

El impacto en la educación superior se refleja en una transformación de las instituciones en su identidad/misión, en la creación de nuevos modelos organizacionales, en la producción de conocimiento, en sus programas educativos y didácticos.

Hoy la enseñanza apunta al aprendizaje de cinco activos fundamentales: conocimientos, valores, hábitos, actitudes y aptitudes, es decir, competencias personales. Es necesario actualizarse, aprender a emprender, certificarse en las competencias,

en los conocimientos y aptitudes solicitadas por los nuevos trabajos. A la investigación le es requerida que aporte conocimientos prácticos, actitudes y aptitudes, y a los profesores se les capacita para enfrentar sus tareas en una nueva didáctica facilitadora.

Hoy no dudáramos en llamar a la educación una "tecnología instruccional" centrada en el dominio de los contenidos. Tanto las instituciones como los maestros necesitarán planear la docencia de otro modo, y deberán tener una nueva concepción de sus estudiantes. Cuando se habla de "pedagogía centrada en el alumno" es una perspectiva que se ve reducida a una estrategia escolar que favorece la adquisición, por parte de los estudiantes, de contenidos específicos. En efecto, hoy constatamos que esta pedagogía centrada en el alumno se apoya en el desarrollo de pruebas estandarizadas sobre los perfiles de aprendizaje, la clasificación de las inteligencias naturales, los tipos de dominancia del cerebro en los estilos de aprender, el papel de las interferencias y potenciadores emotivos de acuerdo con el tipo de personalidad, la detección de los intereses y capacidades profesionales.

En este contexto, las tutorías deben introducirse a partir de expedientes completos, los cuales incluyen tests psicológicos como pruebas de personalidad, estilos de aprendizaje, trayectoria académica, proyecto de vida, a fin de potenciar en el alumno sus habilidades cognitivas y aumentar sus niveles de ejecución y competencia en clase y en la institución y, más adelante, en el mundo del mercado laboral.

Las tutorías se establecieron en un contexto donde el nuevo pacto educativo de corte neoliberal considera la educación como una producción de "capital humano/intelectual", como una empresa que debe evidenciar su eficiencia, eficacia, rentabilidad y calidad. Considera al ser humano como recurso de producción (medio) no finalidad; el sentido formativo de la educación se cambia por una moral pragmática, individual, de ingreso y ganancia económica. La implementación y desarrollo de las tutorías tienden a pasar por un proceso de evaluación cualitativa como cuantitativa, evaluación muchas veces realizada sobre la base de criterios objetivistas y cientificistas.

El destino de la evaluación de las tutorías seguirá el mismo que han tenido los programas curriculares universitarios, en

los que la era de la evaluación desplazó a la era de la planeación. Hoy desquicia a profesores y directivos la presencia de la acreditación de los programas, la certificación de las instituciones y los alumnos, y del desempeño de competencias específicas. La calidad de la educación superior se evalúa para certificarla públicamente, con base en perfiles bien delineados y que las más de las veces benefician sólo a algunas instituciones, que coincidentemente tienen las mejores condiciones. De esta manera suelen verse perjudicadas muchas instituciones situadas en niveles precarios. Situación sobre la que se coincide en el nivel de opinión y también en el nivel de análisis crítico, pese al “absurdo alto grado de confidencialidad [de los reportes de las evaluaciones] ya que sólo los conocen los directivos de las universidades y no los académicos y los alumnos” (Díaz, 2004: 28) pero que sin embargo quienes logran tener acceso a algunos datos afirman que “la evaluación no permite dudas [...] de las 60 instituciones de educación superior mexicanas financiadas con dinero público, sólo ocho tienen nivel de excelencia; en esas 60 se invierten 50 mil millones de pesos al año; corto o suficiente, este presupuesto será replanteado para apoyar a las mejores, quizá suprimir a las peores” (González, 2004: 16), y sobre este mismo asunto, Díaz (2004: 28) afirma que “el mecanismo usado por el Estado para implantar las evaluaciones fue: si salen bien, van a recibir más recursos”.

EL DISCURSO UNIVERSITARIO Y SUS IDEALES

En este sentido, es necesario reconocer que las instituciones de nuestra sociedad contemporánea están bajo la exigencia de una ética basada en la eficiencia, en las competencias y en la rentabilidad. Estos preceptos aparecen a la luz de la teoría psicoanalítica como principios que imponen la idea del *Soberano bien* o del bien absoluto que es el que hay que cumplir, principios que se sostienen en el ideal científico de la universalidad, ideal producido por la *episteme* de un discurso dominante. La *episteme* o la ciencia invaden las prácticas educativas estableciendo un ordenamiento, las leyes y las reglas del comportamiento correcto, en breve, del cómo ser un buen estudiante que desee para sí aquel *soberano bien* y del cómo debe ser un tutor.

El ideal de la universidad atraviesa también el ideal de las tutorías y lo que hay que reconocer detrás del ideal es el discurso que le subyace; este discurso implica una forma de posicionamiento subjetivo de los sujetos (tutor y tutorando). El discurso de la universidad desde la perspectiva del psicoanalista francés Jacques Lacan (1992) implica un posicionamiento subjetivo dentro de una red de configuraciones sociales. Se trata de una forma de vinculación o de lazo social en el que se organiza y determina el lugar para los sujetos (tutor-tutorando), es decir, el discurso universitario es una modalidad de sujetamiento a ciertas leyes, que en tanto inconscientes, ubican al sujeto más allá de su voluntad.

En lo que respecta al estudiante universitario, éste se haya expuesto a la forma de vínculo en la relación tutorial, la cual determina su posicionamiento subjetivo. Este discurso, así como los otros tres discursos de Lacan (*ibid.*: 153-160), mencionan un dispositivo de sujetamiento, dispositivo en el cual el sujeto ocupa un lugar asignado, lugar desde donde se habla y a partir del cual se ubica en el mundo social así como en la estructura universitaria en tanto estudiante más allá de las singulares características.

La idea de un buen estudiante es aquel que se adapta a las distintas condiciones que el contexto universitario le presenta. El discurso universitario trasmite diversos ideales en cada estudiante y docente, de tal manera que éstos buscan imprimir en todas sus actividades dichos ideales, pero no siempre están en condiciones de alcanzar esos preceptos. Pronto irrumpe aquello que muestra que ideales no son universales, pues funciona para unos y no para otros. El ideal crea su propia disidencia: la de aquellos que no lo suscriben. Se trata de una paradoja: los ideales sirven como directrices universales fundamentadas en la supuesta sabiduría de aquellos que promueven al discurso universitario y que son legítimas sólo para quien los instituye (Morales, 2003: 162).

Los ideales siempre se estrellan contra el muro que ellos mismos construyen; por querer elevar sus preceptos a la altura de lo universal generan su fraccionamiento. Un ideal es dictado por algunos para que otros se sometan a ellos, pero lo que propician es su propia disidencia, su propia no universalidad.

El ideal que se impone en lo educativo, un ideal universitario distingue, por un lado, entre los buenos estudiantes que sacan 10, que aprenden todo el programa y, por otro lado, aquellos en el lado contrario, los que “sólo calientan las bancas” y no sacan buenas calificaciones y no se “adaptan a la institución”. Éstos son aquellos que no avanzan en la temporalidad propia de la institución y que a pesar de todos sus esfuerzos y buena voluntad, no se ve reflejado en sus calificaciones.

Ante el imperativo que plantea exigencias de efectividad, de competencia *performance* e individualismo y que pretende anular todo aquello de la singularidad del sujeto e imponer una uniformidad, no es extraña ni ilógica la presencia de estudiantes desadaptados que son aquellos que no avanzan, que no marchan con el sistema y que, a decir del psicoanálisis, algunos son la expresión viva de un síntoma del discurso universitario en tanto buscan reivindicar su singularidad.

Lo que el discurso universitario quiere promover es el ideal de producir sujetos que sean sujetos representados por su saber y sus competencias, pero en su mismo ideal radica su imposibilidad. Por mucha tecnología educativa, disciplina académica, planes bien estructurados e implementación de las tutorías no hay posibilidad de gestar sujetos del todo saber. Los apóstoles de la excelencia académica y de la universidad como espacio de autorrealización plantean un ideal utópico. Existe una imposibilidad del estudiante de asimilar todo el saber que el discurso universitario intenta transmitirle, he ahí la impotencia de éste. Esta situación produce reacciones en los actores del discurso universitario: por un lado, el estudiante aparece con una incapacidad de adaptación al sistema y, por otra parte, la institución responde con medidas drásticas o con estrategias como el programa de tutorías.

LA TUTORÍA

Frente a los estudiantes o “casos” que no siguen las directrices del ideal universitario se han planteado distintas estrategias institucionales para ocuparse de lo que para este discurso aparece como problemas. En este contexto, la tutoría es presentada como alternativa de solución y como estrategia que tiende

a fortalecer aquello que la institución quiere privilegiar. La tutoría ha sido una actividad que resulta compleja por múltiples factores: administrativos, conceptuales, funcionales, estratégicos, académicos, etcétera.

La tutoría en la educación superior ha sido abordada de diferentes maneras y presenta distintos modelos tanto teóricos como en su aplicación. No nos detendremos en señalar las diferencias que pueda mantener con la llamada "asesoría académica" o el "acompañamiento académico", sólo resaltamos los aspectos que a nosotros nos interesa distinguir en la práctica de la tutoría individual. Aquí se ven implicados, además de aspectos académicos, aspectos de la vida personal afectiva y familiar del estudiante, tales como su proyecto de vida, de carrera, sus relaciones afectivas con sus pares como en el seno familiar, es decir, los aspectos que nos interesa resaltar en la tutoría que nos remiten a la subjetividad tanto del tutor como del tutorando.

Esta subjetividad queda anulada en cierto nivel, en la práctica de la tutoría, tanto en el tutor como en el tutorando, por lo que deben cumplir ambos, de acuerdo con las exigencias institucionales. Desde la lógica del discurso universitario, ser docente y tutor es subirse al tobogán del saber, hay que saber siempre más. Y los docentes deben hacer todo lo posible para que los estudiantes no se detengan en la frenética carrera del saber, los tutores deben ser los facilitadores en esta carrera, de la transmisión del saber. Ellos son los detentores de un saber.

En términos de este trabajo, tanto un asesor académico, un psicólogo, un orientador, un profesor, y un tutor, tienen en común el lugar que el discurso universitario les otorga, ser aquellos actores o agentes que sabrían facilitar o inducir o promover en el estudiante-tutorando un proyecto académico, personal o profesional.

Por lo tanto, definimos tutoría como aquella actividad en la que un agente implementa una serie de acciones académicas a fin de favorecer un proyecto individual del estudiante. Una vez que se establece la tutoría, debemos insistir en que en esta práctica compartida es inevitable la implicación de dos subjetividades singulares, pero ubicadas en lugares distintos y con nombres distintos: el tutor y el tutorando. Lugares distintos en relación con el saber, los deseos, las demandas y las expectativas

entre dos agentes singulares que antes que todo son sujetos. Si bien la tutoría con sus exigencias institucionales no da lugar a la subjetividad, no por eso ésta deja de expresarse o tener efectos en dicha relación, que además de ser académica es fundamentalmente una relación humana.

Al crearse esta modalidad de tutoría en las IES, los docentes requieren una serie de habilidades y competencias para los que no estaban preparados. Ello ha llevado a una inevitable confrontación del docente en el ejercicio de su práctica e induce a una reflexión de los roles propios de la tutoría, ya que ahora debe formarse o desarrollar además de nuevas habilidades didácticas, otras como la escucha, la empatía y a veces el abordaje de la parte emocional del tutorando, es decir, aspectos con los cuales no estaba familiarizado tratar en su práctica educativa.

En muchas IES se cuenta con una instancia de apoyo a los tutores, de tal manera que ellos pueden solicitar asesoría para mejorar o resolver situaciones académicas o escolares específicas de sus tutorandos. En algunas instituciones los profesores-tutores, por fortuna, cuentan de igual manera con una instancia que está conformada por un equipo interdisciplinario de corte psicopedagógico, con la finalidad de atender todas aquellas ansiedades y temores que le significan cambiar su papel tradicional por el de uno nuevo.

La escucha y discusión de tales ansiedades y temores que invaden a los profesores que devienen tutores merece toda nuestra atención en este trabajo. De la parte de los estudiantes, ellos de igual manera se ven implicados en la tutoría. Tutores y tutorandos se introducen en una relación muy particular a partir de la cual se puede instaurar el fenómeno que el psicoanálisis ha nombrado como transferencia. Este concepto freudiano nos permite reflexionar acerca de aquellos sentimientos de origen y expresión inconsciente que el estudiante dirige a la función, lugar o persona del tutor.

En efecto, a partir de este concepto, en la tutoría se introduce una nueva relación, un vínculo transferencial. En la tutoría, el vínculo que se establece del tutorando al tutor adquiere las siguientes modalidades, y la última, se refiere al vínculo del tutor al tutorando:

- 1) Transferencia positiva: caracterizada por la predominancia de afectos y sentimientos conscientes, tiernos o de amor, pero con un fondo erótico que se puede expresar en el sentimiento de confianza que le permite hablar de cosas difícilmente abordables.
- 2) Transferencia negativa, la cual cobra forma en la resistencia, en la que tienen predominancia afectos como la agresividad, la venganza, el rechazo, la desconfianza, pero de igual manera existen elementos eróticos reprimidos.
- 3) Se establece una relación sin que se establezca la transferencia, en la que tendría predominancia el sentimiento de la indiferencia afectiva.
- 4) La contratransferencia. Este vínculo se refiere a la suma de afectos suscitados en el tutor hacia el tutorando. Aquí no desarrollaremos el análisis de este vínculo, sólo cabe mencionar la importancia que Freud señala en relación con la necesidad de que el adulto debe cuidarse de no imprimir sus propias ideales al joven estudiante.

LA IMPORTANCIA DE LA TRANSFERENCIA EN LA TUTORÍA

El reconocimiento de estas modalidades al igual que de sus posibles combinaciones del vínculo transferencial es fundamental, pues de ello depende, tanto la prosecución de la tutoría, como de sus objetivos. Es claro que cuando un tutor es blanco de una transferencia positiva, ello facilitará el cumplimiento de los objetivos de la tutoría; no sería el caso de una transferencia negativa, en donde se plantea un gran reto para el tutor, quien deberá reflexionar sobre las estrategias necesarias, particulares y creativas que le permitan hacer avanzar la tutoría en un ambiente relacional favorable. Y en el tercer caso, cuando el tutor después de varias sesiones se enfrenta a la indiferencia del estudiante en tutoría, también deberá ocuparse de pensar en las estrategias más idóneas de trabajo con el estudiante.

El reconocimiento de la transferencia permite explicar sentimientos de odio, amor, rechazo, venganza y muchos otros sentimientos más. Para Jean Claude Filloux, el análisis de la transferencia en el campo pedagógico podría dar pautas para conocer cómo surge el deseo de saber, las ganas de aprender y

de tener un mejor aprovechamiento académico donde se incluya la subjetividad singular del tutorando. Este autor escribe:

Un enfoque psicoanalítico de las raíces de las ligazones o de las ligazones que se establecen o tienden a establecerse en muchas situaciones que cuestionan las emociones y las actitudes del maestro o de los alumnos, puede determinar en qué medida la existencia de transferencias es un factor favorable para todo lo que remite a los objetivos de la enseñanza o para todo lo que los obstaculiza (2001: 43).

El reconocimiento por parte del tutor de la transferencia se vuelve fundamental, pero también se hace necesario que reflexione acerca de aquellos encuadres institucionales de la tutoría, de los objetivos de la institución, de las demandas sociales, de las expectativas de los estudiantes, pero fundamentalmente aquello que está en el centro de esta reflexión, es el análisis personal que cada tutor pueda emprender. Freud ya había perfilado la necesidad, en aquellos que trabajan en la educación, ahí incluidos los tutores, de lanzarse al análisis de la propia subjetividad: "Sólo puede ser pedagogo quien se encuentre capacitado para infundirse en el alma infantil, y nosotros, los adultos, no comprendemos nuestra propia infancia" (Freud, 1984: 353).

La importancia del reconocimiento quizás es resumida en esta expresión de Freud, refiriéndose a la tarea educativa que tiene el adulto ante el niño o estudiante: "el pedagogo trabaja con un material plástico, accesible a cualquier impresión, y deberá imponerse el compromiso de no plasmar la joven vida psíquica de acuerdo con sus propios ideales personales, sino más bien ajustándose a las disposiciones y posibilidades particulares del objeto" (Freud, 1984: 353).

Imponerse, como se concluye en la obra de Freud y Lacan, el compromiso más bien de que a través de la experiencia de la transferencia, el tutor facilite en el estudiante el desciframiento de las demandas institucionales del discurso universitario que ha hecho suyas, presentándolas como si fueran sus propias demandas, y, asimismo, se ajuste a las disposiciones y posibilidades particulares del estudiante.

LA TRANSFERENCIA

La transferencia es un acto de amor, es una relación en la que se despliegan una serie de identificaciones imaginarias tanto del tutor hacia el tutorando y viceversa. El vínculo transferencial consiste en una ligazón afectiva; contiene una renovación de la concepción del amor en su dimensión inconsciente como lazo social y acto psíquico. Se trata de una actualización donde la transferencia indica la modalidad afectiva de una relación, una relación que cuenta con una estructura y un saber específicos.

La transferencia es un proceso psíquico que Freud (1976a: 93-105) descubrió en su práctica analítica cuando los pacientes comenzaban a revivir afectos inconscientes que, al no poder volverse conscientes, se repetían actualizándose en la persona del analista; los afectos re-actualizados (odio, amor, entre otros) no se fundaban en ningún vínculo real, eran desplazamientos de afectos vividos anteriormente y que retornaban en la relación analítica de la rememoración y reelaboración. Se trata de un lazo intenso, automático, inevitable e independiente de todo contexto con la realidad y que reactualiza los significantes que han soportado sus demandas de amor en la infancia. Lo que se transfiere son las expectativas vividas primitivamente con los padres.

Freud (1976b: 161-174) señaló que la transferencia también se presentaba en cualquier relación humana, sobre todo en aquellas marcadas por una jerarquía, por ejemplo, en la relación médico-paciente o en la relación maestro-alumno. Lacan, confirma y radicaliza esta idea señalando además que basta que uno hable y otro escuche para que exista la transferencia, "la transferencia eficaz de la que hablamos es, simplemente, en su esencia, el acto de la palabra. Cada vez que un hombre habla a otro de modo auténtico y pleno hay, en el sentido propio del término, transferencia simbólica, algo sucede que cambia la naturaleza de los dos seres que están presentes" (Lacan, 1981: 345).

La palabra instauro la transferencia, es un fenómeno de ella y de esta manera el tutor representa un lugar del ideal. Un tutor es objeto de transferencia de parte de sus tutorandos, ocupa un lugar intermedio entre los padres del tutorando y las

relaciones con los adultos que éste establecerá dentro de la universidad y fuera de ella. Esto es posible desde el momento en que la interacción en la institución supone una interacción disimétrica de las personalidades del maestro (tutor) y de los estudiantes (tutorandos) y se materializa aún más cuando éste comunica su personalidad y ejerce influjo personal en los estudiantes consciente o inconscientemente.

Bajo este marco, se infiere que algunos tutorandos asocian al tutor en su rebelión contra los propios padres. Otros reaccionan respecto del tutor como si fuera su padre y le muestran la misma agresividad que a éste. Algunos tutores, conscientes del impacto que ejerce su personalidad sobre el tutorando, atienden un poco al fenómeno de la transferencia. Otros la niegan, porque no saben qué hacer con ella. Sin embargo, no puede dejarse a un lado.

La transferencia provoca variedad de reacciones manipuladoras, dependientes, pasivas, agresivas, etc., que facilitan o dificultan el aprendizaje o la tutoría.

LA TUTORÍA: UNA MIRADA PSICOANALÍTICA

La tutoría supone un lazo social e implica una encuadre institucional determinado por el discurso universitario, es decir, la tutoría se trata de una relación pedagógica que se establece a partir del consentimiento del estudiante (salvo cuando es obligatoria). El tutor, en este punto, entra a ocupar un lugar importante en esta relación, en la cual el tutorado demanda la atención y ayuda del primero, y éste ejerce la intención de dar respuesta a tal demanda. Esta relación consiste en un vínculo entre un sujeto que demanda algo y otro que es poseedor de un saber. Este vínculo se sustenta en deseos, supuestos e imaginarios determinados por el discurso universitario, los cuales presentan al estudiante como aquel que demanda una tutoría y que lo lleva a ocupar el lugar de tutorando, y por otra parte, presentan al docente como aquel que sabría conducir una tutoría, en el lugar del tutor.

Desde el lugar que les asigna el discurso universitario, el tutorando se presenta con una demanda ante quien se le supone un saber o quien está en condiciones de ayudar a construir

su proyecto académico o profesional o que lo ayudaría a tomar decisiones; por su parte, el tutor, encarna representaciones que corresponden a aquel que supuestamente posee un saber, representaciones que remiten a modelos frecuentemente contruidos desde la creencia en saber aquello que requiere o le hace falta al tutorando.

En la universidad, como en todo programa educativo, se transmiten no sólo conocimientos e información, sino fundamentalmente, un legado cultural; de este modo la tutoría es un acto de intercambio, es parte del contrato social, es un lugar de teoría y acción, y hoy más que nunca ha llegado a ser una suerte de ritual civil que se exige para ingresar al mundo productivo, es un pasaje para una forma de habilitación social, política y científica.

La tutoría bien podría perfilarse como un espacio donde se construye el hilo del intercambio que se expresa en el triángulo de dar-recibir-devolver (Uzin, 2008) y que permite al tutorando ejercerse como un sujeto psicológico, responsable de su palabra, de su pensamiento y su acción. De no perfilarse así, se corre el riesgo de que la tutoría se convierta en un espacio unilateral y despersonalizado de exigencias institucionales que el estudiante deberá cumplir y será un sujeto “muy bien adaptado”.

En este marco de ideas, la tutoría no está lejos de ser un espacio relacional marcado por el amor, es decir, un espacio de vínculos transferenciales donde se pone en primer plano la subjetividad tanto del tutor como del tutorando. La tutoría se transforma en terreno fértil en donde se ve comprometido de manera directa, consciente algunas veces, pero con una raíz inconsciente, no sólo el saber del tutor, sino también su propia subjetividad, sus temores, su propia historia atravesada por sentimientos, temores y deseos, así como con expectativas que el mismo tutor tiene de la tutoría y de cada tutorando.

No hay relación humana que no esté marcada por los afectos, éstos se verán necesariamente involucrados y, en consecuencia, esto posibilita en la tutoría, la apertura de la instauración de la transferencia en sus diferentes modalidades y dependiendo de la singularidad del estudiante. Así, el ejercicio de la tutoría, desde el psicoanálisis, se concibe desde el plano de la transferencia.

EL RECONOCIMIENTO DE LA TRANSFERENCIA EN LA TUTORÍA

¿Cómo identificar que existe o que se ha instalado la transferencia? Cuando el tutor a lo largo de las interacciones identifica que el tutorando puede sentirse protegido por el tutor, rechazado o amado. No es fácil reconocer cuando el tutor está incluido afectivamente en muchos aspectos de la vida del estudiante o cuando el tutor es motivo de angustia, cuando el estudiante teme que su tutor no se enoje con él o no decida continuar la tutoría. La instalación de la transferencia significa vincularse al tutor afectivamente, ya sea de manera negativa o positiva.

Un profesor universitario, responsable de la tutoría, refiere que “un estudiante critica mucho al profesor pues le hace la vida difícil, sin embargo siempre regresa a tutoría”. Esta expresión denota la presencia de la transferencia. Y como habíamos señalado al inicio, la transferencia puede ser tanto positiva como negativa, lo cual nos permite hablar de un neologismo lacaniano, el *odioenamoramiento*. Es siempre una ambivalencia que en cada sujeto se expresa diferentemente, a veces sólo transferencia positiva, sin embargo, desde la lógica de la ambivalencia, el odio aparece como telón de fondo, sea reprimido, sublimado, o desplazado.

La transferencia es más que el vínculo imaginario: se puede rechazar, criticar al tutor por su incapacidad, inexperiencia o defectos en su forma de llevar a cabo la tutoría; sin embargo, el vínculo transferencial va más allá de estas reacciones fenomenológicas y a veces conscientes por parte del tutor. La transferencia es fundamentalmente simbólica, uno se vincula a otro por medio del otro-tutor. Esto explica que se acepte de manera optimista a su tutor, a quien convierte en una suerte de guía no sólo académico, sino a veces también “espiritual”. Cuando a un estudiante se le preguntó si consideraba que existía algún vínculo erótico con su tutor, respondió que su tutor era una “figura intocable, no lo veo de otra manera, se me hace absurdo [verlo como objeto erótico], yo lo veo de otra manera, llegas a un vínculo tan grande con tu tutor [...]”.

En este ejemplo encontramos cómo la transferencia es vivida ordinariamente de una manera “inocente” por el estudiante, la cual consiste en proyectar un vínculo afectivo anterior sobre una persona de quien se quiere inconscientemente depender.

La transferencia deviene una suerte de secreta lealtad para con su tutor que nace de una necesidad de dependencia, de un retorno a un pasado, dependencia que puede ser favorable al trabajo tutorial académico.

Cuando el tutor logra identificar la dinámica de la transferencia, le posibilita también el reconocimiento de la serie de modificaciones en sus *representaciones*, donde se descubre a *sí-mismo* en las *transferencias* que el tutorando le dirige. Si el tutor logra reconocer que ha sido blanco de una identificación, tendrá que darse a la tarea de un saber hacer frente a tal dinámica. La tarea principal será la de superar la visión tradicional de la acción tutorial que, con frecuencia, se ejerce sustentándose en un *yo-ideal*, producto de deseos, supuestos e imaginarios emanados de un rol tradicional prescriptivo, y poder situar su función dándole más importancia a una escucha de los propios intereses del tutorando, a las contradicciones, tensiones y conflictos que puedan estar incidiendo en la vida de éste.

Reconocer las formas y expresiones de la transferencia que el tutorando dirige a su tutor es fundamental para evitar hacer de la tutoría un espacio de rivalidades, competencias o de imperativos. Reconocer la transferencia no implica necesariamente analizarla como sucede en la clínica psicoanalítica; sin embargo, sí implica una toma de conciencia por parte del tutor que consiste en considerar los afectos transferenciales como lo que son: desplazamientos de afectos anteriormente vividos, lo cual le da la posibilidad al tutor de no hacerse amar ni odiar de la misma forma, le permite intervenir para que aparezca el deseo de saber, de aprender y de aprovechar al máximo lo que le ofrece la tutoría para su desarrollo como sujeto psicológico.

Nuestra propuesta es una invitación a que el tutor haga de la tutoría un espacio de escucha que permita la creatividad y el ingenio en el tutorando. Cuando el tutor reconoce la transferencia dimensiona la expresión de los afectos del tutorando, los respeta y da pie con una escucha a la palabra singular, está atento y toma en cuenta su diferencia singular, que le permitirá al tutorando encontrar un lugar propio desde donde pueda vincularse con su deseo a lo social.

La función principal del tutor, una vez que identifica los vínculos transferenciales, es sostener un lugar donde el tutorando construya su propio camino y su propio estilo de inser-

tarse o posicionarse ante lo social y la sociedad. Sostener este lugar implica para el tutor no sólo una actualización de técnicas tutorales y didácticas, sino un trabajo propio de análisis personal, un saber más de sí mismo y de su quehacer pedagógico. Un tutor tendría que analizar sin negar, ocultar o disfrazar los afectos transferenciales de sus tutorandos así como analizar su propia posición subjetiva en la función profesional que ejerce. Quizá ahí pueda encontrar el sentido de sus propias resistencias a la escucha de los conflictos, contradicciones y tensiones de la vida psíquica, social y familiar del estudiante.

Un tutor tendría que reconocer el significado y las diversas expresiones de la resistencia, este concepto Lacan (1981) lo define como "todo lo que frena, altera, retrasa la elocución, o bien la interrumpe completamente". En la tutoría, la presencia de las resistencias atañe tanto al tutor como al tutorando. Una resistencia es la expresión de algo que amenaza el ser uno mismo y a la imposibilidad de encontrar en la vida un sentido de acuerdo con un propio deseo. Cuando el tutorando no avanza en aquello que se le demanda en la tutoría, cuando el tutor no está comprometido, estamos hablando de algunas situaciones fenomenológicas, efecto de un discurso que amenaza con una dependencia, una fusión o anulación de la singularidad. La resistencia consiste en oponerse de alguna manera a una identificación con una imagen prefabricada "idealizada" que le viene de un discurso universitario, discurso y práctica que no permite la singularidad, ni un lugar donde se exprese la subjetividad. En este marco de ideas, la presencia de la resistencia es un llamado no a suprimirla, sino a preguntarse qué la genera. Muy enriquecedor sería distinguir las "resistencias" de los tutores a realizar la tutoría como parte de un proyecto institucional de "la resistencia" que el psicoanálisis señala y que atañe a la relación tutor y que se expresa sea en el tutor o en el tutorando frente a las amenazas a la singularidad que el propio dispositivo educativo, institucional y docente establecen.

EL TUTOR ANTE LA TRANSFERENCIA

Los tutores no están ajenos a experimentar varios conflictos internos ante los requerimientos de la institución, uno de

ellos es la angustia. En realidad la angustia se suele presentar en el tutor cuando sabe que la tutoría no consiste en un trabajo directivo, sino empático, pero que ello no implica "cobijar" al otro en una acción paternal o maternal, sino concebirlo como alguien que ya posee un bagaje de conocimientos e información y que viene con una historia de deseos y un futuro más o menos proyectado.

La presencia de la subjetividad en el tutor, por ejemplo, la angustia que puede más o menos resentir, lo sitúa ante la tarea de reflexionar y no eludir las preguntas y las causas que la ocasionen. Su angustia ante las exigencias de la tutoría y frente a la situación del tutorando tienen que ver con las demandas institucionales y las de su propia historia y subjetividad. Estos elementos intervienen en la transferencia que él puede tener o dirigir al propio tutorando.

La transferencia de sentimientos que el tutor dirige al tutorando o la presencia de temores, deseos y sentimientos que el tutor atribuye al tutorando están de entrada obstruyendo la posibilidad de que sea el estudiante quien trabaje sobre su proyecto académico. Es un imperativo investigar qué ocurre cuando es el tutor quien está en contratransferencia con el tutorando.

En una relación tutorial en un marco de transferencia positiva, la tarea principal del tutor es la de proponer aquellos significantes (entiéndase como preguntas, señalamientos y no como deberes o imposiciones ya significadas) que le permitan al tutorando reconocerse como sujeto, como sujeto psicológico. Un sujeto que tiene el poder de reflexionar sobre sí, un poder que le permite concebirse como el agente de sus acciones, un poder sobre sí mismo, que tiene como fundamento la ética del dominio de sí mismo y no que sea la sombra de su tutor.

Cuando el tutorando está en vínculo transferencial con su tutor, es tarea de éste, además de identificarlo en sus diversas modalidades, tener también conocimiento de que sus acciones tendrán un efecto en dicha transferencia, pero lo fundamental en la transferencia, una vez que ha sido identificada, es la de un saber hacer algo con ella. Es decir, se trata no de responder desde el lugar imaginario donde ha sido colocado por el tutorando, sino justamente de poder soportar o mantenerse en un lugar simbólico sin pretender adecuarse a las demandas que se plantean desde la relación transferencial. Esto es un riesgo

en el que el tutor puede quedar atrapado si sostiene como ideal cumplir con lo que se le demanda. Identificar la transferencia y el lugar desde donde debe responder el tutor le da una gran posibilidad: darle al vínculo transferencial un movimiento transformador a partir de propiciar las interrogantes en el estudiante en torno a su deseo, sus limitaciones y los proyectos que desde ahí se pueden emprender.

No olvidemos que la relación tutor-tutorando implica un encuadre institucional, se trata de un sistema de relación en donde el tutorado demanda la atención y ayuda del tutor y éste ejerce la intención de dar respuesta a tal demanda, es decir, la relación consiste en un vínculo entre un sujeto que demanda y otro que es supuesto poseedor de un saber, sustentado en deseos, supuestos e imaginarios que posibilitarían al que demanda avanzar: el *tutorado*. Así, el ejercicio de la tutoría se asume desde el plano de la transferencia, en la cual se presenta una demanda hecha ante quien se supone perito e instruido para tales funciones. Por su parte, el tutor, a fin de adscribirse para sí el rol, encarna representaciones que corresponden a modelos frecuentemente construidos desde una supuesta carencia o deficiencia atribuida al tutorando.

¿QUÉ HACER CON LA TRANSFERENCIA?

La transferencia no se trata de una herramienta o de un “instrumento de trabajo”, sino que es fundamentalmente una condición muy particular, entre otras, y necesaria para poder llevar a cabo el proceso de la tutoría. No se trata de que un tutor trabaje psicoanalíticamente con la transferencia, sino que la sepa reconocer y sepa identificar su dinámica y los efectos que tiene en una relación como en este caso es la tutoría.

No se espera que se haga un simple paralelo de una sesión de trabajo analítico con el trabajo de tutoría, sino únicamente que el tutor considere que la transferencia opera y produce efectos. No reconocerla puede llevar al tutor a una serie de suposiciones sobre la persona y capacidades o atributos del estudiante, ignorando así aquello que éste desea y le interesa. No reconocer la transferencia es cerrar una infinidad de posibles proyectos y de creatividad.

La posibilidad de que un tutor identifique la instauración de la transferencia está dada no porque tome un curso sobre psicoanálisis, sino por una escucha de aquella demanda del estudiante. Poder escuchar lo que expresa, cómo lo expresa, aquello que corre entre líneas en el decir del estudiante, requiere una lectura que sólo es posible hacerla desde la propia subjetividad del tutor. Si en la subjetividad de éste, se impone por sobre todo, su narcisismo exacerbado, su identificación al ideal del yo, si se asume como Sujeto supuesto Saber (concepto en la teoría de Lacan), entonces no sabrá escuchar, y si lo escucha, sólo podrá escuchar aquello que alimente su narcisismo o posición de aquel que sabe. Le parecerá inadmisibles algún señalamiento que le haga el tutorando, no tolerará que su lugar de sujeto poseedor del saber sea cuestionado. Todo cuestionamiento significaría un desplazamiento de ese lugar considerado por él como privilegiado.

Un tutor que escucha a su subjetividad más ampliada, es decir, que es sensible a su condición de sujeto, sensible a las funciones académicas en las que se haya inmerso, las cuales son alcanzadas por las múltiples exigencias y contradicciones que induce el discurso universitario, es un tutor sensible que está en posibilidades de dialogar con el estudiante sobre sus proyectos, intereses, inquietudes...

Un tutor requiere saber dimensionar el poder y saber que sobre sí mismo se asigna o se le atribuye para poder reconocer la transferencia que sobre él se dirige y así poder desplazarla a un proyecto de trabajo muy particular con la singularidad del estudiante.

No se trata de que renuncie a ser blanco de las transferencias del tutorando, sino trabajar justamente con esa transferencia para poder mantenerse en ese punto desde donde deje abiertas todas las posibilidades y preguntas que le permitan al tutorando seguirse preguntando sobre sus propios proyectos de vida académicos, personales y profesionales.

CONCLUSIONES

La imposibilidad de realización del ideal del discurso universitario nos obliga a reflexionar acerca del destino de las tutorías

y su alcance. Esto implica una segunda reflexión en torno a la educación superior, la cual requiere reconceptualizarse, primero como lugar de discurso universitario y, segundo, en su relación con las nuevas realidades mundiales presentes y por venir. Es necesario repensar nuestros modelos educativos y los estudiantes que aquéllos generan, así como darle un lugar a aquella imposibilidad de transmisión de saber y analizar críticamente los ideales que se le asignan a la tutoría.

La tutoría es una actividad pedagógica que está determinada por un discurso universitario que asigna posiciones: el que mantiene una relación directa con el saber: tutor, y aquel que requiere de dicho saber. Es un espacio de vínculos transferenciales que el estudiante dirige al tutor, agente que ocupa un lugar simbólico. Es necesario reconocer más allá de los sentimientos dirigidos a la persona del tutor, la transferencia de afectos y sentimientos que son dirigidos a otra instancia, un lugar denominado por el psicoanálisis, el registro de lo simbólico.

El reconocimiento de la transferencia nos da la posibilidad de situar a la tutoría como un acto de intercambio simbólico, pero es necesario que las intervenciones y participación del agente-tutor deben ser del mismo orden: más que respuestas e imperativos del tutor al estudiante, se trata de abrir la posibilidad de que éste se ejerza como un sujeto psicológico. La transferencia en la tutoría está ahí, pero no sólo para reorientar el proceso tutorial, sino también para abrir interrogantes en torno a los deseos de los sujetos involucrados. Abrir el espacio de que la tutoría sea un tiempo para el cuestionamiento acerca del deseo del tutorando en su inmersión en el ambiente universitario. La tutoría requiere ser pensada como un espacio que más allá de una demanda institucional sea un espacio donde tanto el tutor como el tutorando dialoguen sobre las tensiones, contradicciones y transferencias que el mismo discurso produce y enmarca su relación e intersubjetividad.

Reconocer el fenómeno de la transferencia en la tutoría es fundamentalmente importante, pues ello permite elaborar un proyecto de trabajo sobre la base de la subjetividad.

Los vínculos transferenciales son de gran importancia para el proceso tutorial. Se requiere tener la capacidad, primero para lograr el desarrollo de esos vínculos y, segundo, para reconocer

el tipo de transferencia que se está dando en la relación estudiante-tutor.

Un tutor que no identifica la existencia de la transferencia ni mucho menos las modalidades en que ésta se presenta, a saber, transferencia positiva o negativa, se encuentra en riesgo de hacer de la tutoría un mero trabajo que sí responde a las demandas institucionales y del discurso universitario, pero elude las cuestiones que conciernen a la subjetividad, singularidad del tutorando, y no abre un espacio a las preguntas en torno al deseo de éste.

BIBLIOGRAFÍA

- ANUIES (1998), *Programas institucionales de tutoría. Una propuesta de la ANUIES para su organización y funcionamiento en las instituciones de educación superior*, 2a. ed., México (Serie Investigaciones). Consultado en <http://www.anui.es.mx/servicios/d_estrategicos/libros/lib42/000.htm>. Fecha de consulta: 3 de febrero de 2008.
- DÍAZ BARRIGA, Á. (2004), "Reseña", en *Revista. Periodismo en zona libre*, semana del 14 al 20 de junio.
- FILLOUX, Jean Claude (2001), *Campo pedagógico y psicoanálisis*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- FREUD, S. (1976a), "Sobre la dinámica de la transferencia (1912)", en *Obras completas*, t. XII, 2a. ed., Buenos Aires, Amorrortu, pp. 93-105.
- FREUD, S. (1976b), "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (1912)", en *Obras completas*, t. XII, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 161-174.
- FREUD, S. (1984), "Prefacio a un libro de Oskar Pfister", en *Obras completas*, t. XII, 2a. ed., Buenos Aires, Amorrortu, pp. 347-353.
- GONZÁLEZ, F. de J. (2004), "Universidades públicas. Desastre y excelencia", en *Revista. Periodismo en Zona Libre*, semana del 14 al 20 de junio.
- LACAN, J. (1981), *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud. Clase 9. Sobre el narcisismo*, Buenos Aires, Paidós, pp. 343-356.

- LACAN, J. (1983), *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós, pp. 194-204.
- LACAN, J. (1992), *El seminario No. 17: El reverso del psicoanálisis 1969-70*, Madrid, Paidós, pp. 153-160.
- MORALES, H. (2003), *El sujeto en el laberinto*, México, Ediciones de la Noche.
- UZÍN OLLEROS, Angelina (2003), "Sobre los dones y la hospitalidad en educación", en Revista electrónica: *Antroposmoderno*. Consultado en <<http://www.antroposmoderno.com>>. Fecha de consulta: 2 de febrero de 2008.